

Las sociedades discrónicas



La sociedad venezolana es una sociedad discrónica. ¿Eso qué quiere decir? Quiere decir que se trata de una sociedad en la cual ha tenido lugar, con el paso del tiempo, un fenómeno curioso: en ella ha sido posible la presencia de contradicciones difíciles de resolver debido o a la co-existencia de distintos niveles de desarrollo histórico, tanto dentro de cada uno de los sub-sistemas de la realidad (político, económico, social, jurídico, cultural, técnico, comunicacional, etc.), como en sus relaciones mutuas dentro del sistema histórico general. Como si por una fuerza misteriosa hubieran podido saltar en pedazos las esencias de la temporalidad y de la continuidad de los sub-sistemas de la historia, y como si esos pedazos se hubieran recompuesto en el tiempo no se sabe con cuál lógica, en una inexplicable relación simultánea y ulterior. Como si luego, por extrañas razones, esos trozos de realidad producto del acontecer, se hubieran visto sujetos, sin que nadie lo previera o esperara, ora a una convivencia tranquila, ora incómoda, siempre en tensión con los tiempos. Las sociedades objeto del fenómeno quedan expuestas al engaño intelectual cuando creen (y no logran) conocer esas razones; o a la frustración y al mito, cuando no encuentran explicación ni salida racional al mal inesperado que estanca o salta a interrumpir el suceder. Si bien cualquier sociedad contiene desniveles o contradicciones que pueden producirse en las más variados dimensiones de la vida histórica, desde objetos o instituciones hasta ideologías, no todas son susceptibles de estar en igual grado de relación discrónica en sus mutuos desniveles dentro del sub-sistema correspondiente, y en relación con otros sub-sistemas de la realidad.

¿Ejemplos? Son los políticos los más notables y elocuentes:

- El ensayo republicano después de 1830 se concretó en un presidente cuya figura se dibujaba en la nueva república con trazos de factura a todas luces medieval (Páez era un caudillo, y el «caudillismo» se origina en medio de relaciones personales de dependencia y formas peculiares de tenencia de la tierra de estructura *feudal*) en un marco cons-

titucional decimonónico de signo *liberal* (la forma política racionalmente más acabada para los cañones del siglo XIX occidental).

- Los tiempos que corren han experimentado la intensa fuerza de poderosísimos intereses *estamentales* (colegios, sindicatos y gremios) alimentados desde partidos políticos *policlasistas* de masas, aparentemente modernos, de hecho *personalistas*, *cientelares* y *feudalizadores* del Estado en beneficio de sus intereses particulares. La misma sociedad, que se presume *clasista* e *igualitaria*, reconoce situaciones de *privilegio* y convive con más de un rasgo de sociedad *organizacional*; tres principios distintos de estratificación/integración social válidos y presentes en un mismo momento histórico, trabados por sus contradicciones en perjuicio del Estado y del bien común.

- La vida administrativa, a su vez, carga con las fuerzas competitivas de un clientelismo de lealtades cómplices, sobre el más ineficiente *formalismo racional-burocrático*: manifestaciones separadas por siglos de vigencia histórica, coexisten paralelamente con grados de desarrollo muy diferentes de racionalidad.

Los ejemplos podrían multiplicarse, no sólo en Venezuela, sino en toda Hispanoamérica; pero cuando se vive entre esos desniveles, la familiaridad trae necesariamente consigo la indiferencia y esa familiaridad corre el riesgo de convertirse en ceguera de la propia condición y sentido de lo discrónico cuando se vive en medio de su inapresable lógica. Se llega a estar en el mismo juego, inconsciente de la propia participación en las contradicciones que lo agitan o inmovilizan.

Podría aducirse -ya lo hemos dicho- que todas las sociedades son discrónicas. Pero en todas las sociedades las discronías no se plantean en igual número, con la misma intensidad, ni con la misma simultaneidad. La sociedad japonesa es discrónica, la norteamericana también, no menos la rusa o la iraní. Pero la sociedad japonesa ha sabido armonizar sus discronías y, en el marco de una sociedad tradicional, ha logrado desarrollar peculiarmente fórmulas ca-

pitaiistas que le han supuesto pingües ganancias y una envidiable posición hegemónica en el orden económico mundial. La sociedad norteamericana, a la cual se ha calificado -en virtud del carácter de sus componentes- como un *salad bar*, ha sido en otro tiempo el *melting pot* en el que los problemas de la transculturación entre los grupos de inmigrantes, se cancelaban gracias a la asimilación de todos al *american way of life*; eso los integraba en la bandeja de plata de una economía poderosa y segura de sí misma, dentro de un orden constitucional capaz de garantizar la vida pública, la libertad y el bien común.

Otras sociedades, no han tenido igual suerte. La sociedad rusa ha sido continuamente discrónica, por eso sus saltos, retrasos y contradicciones provocaron las sabias reflexiones de Trotsky sobre el «desarrollo desigual y combinado»; y sigue siendo trágicamente discrónica, soportando en su seno las más dramáticas contradicciones puestas de relieve antes y después de 1989. La sociedad iraní rechazó en su momento la «revolución blanca» del Sha, porque sus esencias más tradicionales no pudieron soportar las discronías que introducía desde el poder un gobernante que quería modernizar, olvidando la fuerza tremenda de la religión.

Las sociedades hispanoamericanas, la venezolana entre ellas, poseen una débil conciencia de sus discronías y están lejos aún de superarlas. Como expresaba Juan Rulfo, siguen en el tiempo entre fantasmas, bajo la amenaza latente de inesperados imprevistos en medio de su difícil realidad. De no saber prevenir las ingratas sorpresas implícitas al desarrollo discrónico, correrán el riesgo de sumar las propias a las nuevas discronías que ya está provocando el encuentro de culturas en la circunstancia global.

GRACIELA SORIANO

Profesora de la UCV y Presidenta de la Fundación García Pelayo